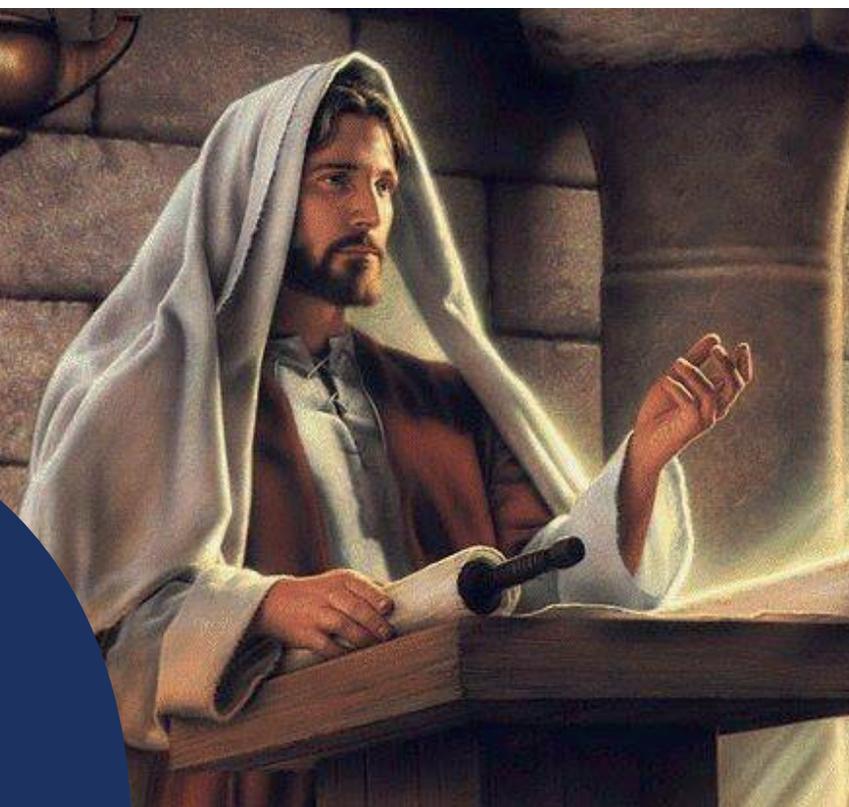


La Palabra de Dios en la *Celebración Litúrgica*



“Resuene siempre en esta casa la Palabra de Dios, para que conozcan el misterio de Cristo.” *ODEA 53*

Autor invitado:

Pbro. Dr. Juan David Muriel Mejía
Arquidiócesis de Medellín



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ
Vicaría de Evangelización





La liturgia cristiana, espacio divinizador de encuentro, de salvación, de santidad y de gloria, comienza siempre con la Palabra. La misma eucaristía, quintaesencia de la liturgia, después de unos ritos iniciales, que preparan y disponen la asamblea para la escucha y el misterio, comienza sirviendo un abundante y espléndido banquete desde el ambón, trono pascual de gracia y esperanza: la Palabra.

¿Qué oficio cumple pues la Palabra en la asamblea? ¿Por qué la preocupación del Concilio de servir en nuestra lengua de una forma organizada, metódica y solemne la Escritura?

Dentro de los muchos efectos redentores de la proclamación de la Palabra en nuestras celebraciones, destaquemos 3:

- La Palabra es creadora:

“La Palabra de Dios es la raíz de todo lo que existe, y muy en particular de ese mundo de amor que es la comunidad eclesial...Dios crea con su Palabra la salvación del hombre.” (DEISS L., Celebración de la Palabra, 28 – 31). El rito se realiza mediante la repetición de formas tradicionales queridas por Dios y de oraciones que brotan del Espíritu y del cauce orante de Israel y la Iglesia. Son gestos solemnes y reiterativos, **obedecerlos es conectarse con el origen** de todo gesto salvador, con el *continuo intratextual* salvífico, es decir, con la orden celebrativa dada por Dios mismo a una asamblea originante que celebra por primera vez un gesto redentor (ej. la Pascua judía – Ex. 12) y que queda consignada por siempre en la Palabra (ej. *“Tomen y coman todos de Él” Mt. 26, 26ss*) para permitir después el sucesivo memorial que actualice los efectos redentores iguales para las comunidades sucesivas.

Así, diariamente *“la que cambia”* es la Palabra, que se va transformando en sus ciclos de lectura en una exposición profunda y tranquila de la Revelación sobre Dios y su voluntad de redención para con los hombres y el mundo. Ella se transforma en

mensaje eficaz que ilumina, educa, realiza una labor pedagógica y parenética con la asamblea, también ella siempre diversa y cambiante. El mensaje de una Biblia que en sí misma no cambia, pero que asume tonalidades diversas cuando se proclama por su carácter de ser Palabra divina, por los enlaces temáticos que hacen las mismas lecturas, por los énfasis redentores de los tiempos litúrgicos, por la aplicación pastoral de la homilía, se convierte en **una experiencia siempre radicalmente nueva, que golpea suavemente con la invitación diaria a la conversión** y a la búsqueda de elementos nuevos para responder afirmativamente al plan de Dios desde las circunstancias comunitarias y colectivas del eterno HOY de la asamblea que celebra.

- La Palabra teje la comunión:

“y los oídos del pueblo estaban atentos al Libro de la Ley.” Neh. 8, 3. En el texto de Nehemías la Palabra es nuevamente proclamada a un pueblo que viene desunido del exilio y que necesita desesperadamente volverse a encontrar como familia. La escucha del mensaje redentor de parte de un Dios compasivo, que es Padre de todos, hace brotar de nuevo en los corazones de los oyentes esperanza y alegría, se produce la fiesta y se buscan caminos concretos de justicia y de crecimiento comunitario.

Ese es un papel primordial de la Palabra: construye asamblea, hace comunidad. Es un único mensaje para todos, un ambón, un lector, un evangelio, que, aún revistiendo características peculiares para cada oyente, busca suscitar en el corazón de cada comunidad una respuesta solidaria, el reconocimiento de pecados y faltas comunes, la búsqueda de caminos concretos de compasión y de generosidad. La Biblia no fue escrita para leerse individualmente, sino en el corazón orante de un pueblo, como medio de conducción del mismo, y por eso adquiere toda su potencia salvadora cuando, proclamada y acogida en comunidad, une, teje lazos, y **permite el discernimiento de senderos comunes de construcción del Reino.**



- La Palabra permite la presencia sacramental del Señor:

“Cuando se leen las sagradas Escrituras en la Iglesia, Dios mismo habla a su pueblo, y Cristo, presente en su Palabra, anuncia el Evangelio. Por eso las lecturas de la Palabra de Dios, que proporcionan a la Liturgia un elemento de máxima importancia, deben ser escuchadas por todos con veneración.” OGMR 29. La Palabra representa al Señor, es su cuerpo, es su mensaje, es su voluntad, es su proyecto, es su iniciativa de gracia, es su plan redentor, es Él mismo.

Cabría preguntarse: ¿Es la Palabra sacramento? ¿Realiza la presencia dinámica, real y espiritual de aquellos núcleos pascales que denominamos sacramentos?

Para Santo Tomás el sacramento actualiza recordando, educa y demuestra, y lanza al creyente al futuro. “Por eso el sacramento es un signo que rememora lo que sucedió, es decir, la pasión de Cristo; es un signo que demuestra lo que sucedió entre nosotros en virtud de la pasión de Cristo, es decir, la gracia; y es un signo que anticipa, es decir, que preanuncia la gloria venidera” *Summa Th III, 60,3*.

Entonces podríamos responder con un seguro Sí! **La Palabra cumple en la asamblea el triple carácter del signo sacramental: anámnesis** (permite el recuerdo de las hazañas y la obra de Dios por el pueblo y por cada uno), **demostración** (la Palabra explícita, narra, demuestra, explica, ordena, manifiesta, revela, da un carácter objetivo a la celebración, es para escucharla y vivirla) y **prognosis** (por ella renace la esperanza, los cielos nuevos y la tierra nueva, se teje el futuro, se cree y se espera, es mensaje de alegría, no de condena, de Alianza, de paz, nos hace esperar y gustar el cielo, nos permite construir ya la civilización de la reconciliación). **La Palabra es el mismo Cristo**, pues, usando los argumentos hermenéuticos y fenomenológicos actuales, con el lenguaje no solo se comunica un mensaje del parlante (cuando es sincero de intención), sino que en él quien se

expresa se comunica a sí mismo, y así **el lenguaje se vuelve don. El parlante es aquel que se da.** La Palabra se transforma en pan de la vida dando el Cuerpo de Jesús (Lc. 22, 19). *Verba testamenti: Espíritu y vida* (Jn. 6, 63) (WOHLMUTH J., *Mesa del pan, mesa de la Palabra, L'ambone*, 69 – 86).

Desde estos hallazgos propongamos algunas conclusiones abiertamente pastorales y celebrativas:

- Un grupo bueno de **lectores** que proclame bien, que medite, que ore y que prepare la Palabra para la asamblea. Que vivan el mensaje, la vida de ellos será el mejor evangelio, que sean buena noticia.

- El **leccionario y evangeliario** en buen estado y con la **edición nueva nacional**: no más hojas de papel periódico repletas de propaganda con la Palabra, ni libros viejos o en mal estado. Que la lengua común del leccionario para Colombia resuene en cada asamblea del país tejiendo comunidad. Que la belleza del libro sea también expresión estética y ritual de lo que creemos acerca del mensaje de vida eterna que contienen.

- Un **ambón** como espacio, no como mueble, como lugar celebrativo donde Dios mismo desciende y hace Alianza y se comunica con su pueblo, y entabla el diálogo amoroso que redime y levanta. Un ambón fijo y sólido, no más un mero atril que se pone y se quita, que sea verdaderamente “la expresión espacial del amor a la Palabra de Dios proclamada en el contexto litúrgico.” (JEREZ T., *blog*). Como lo recuerda la Iglesia: “Un lugar elevado, fijo, dotado de la adecuada disposición y nobleza, de modo que corresponda a la dignidad de la palabra de Dios y, al mismo tiempo, recuerde con claridad a los fieles que en la Misa se les prepara la doble mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo.” OLM 32.

- Reconocer que **toda la celebración tiene que tener una estructura basada en la Palabra**: “Al considerar la Iglesia como «casa de la Palabra», se ha de prestar



“Resuene siempre en esta casa la Palabra de Dios, para que conozcan el misterio de Cristo” ODEA 53

atención ante todo a la sagrada liturgia. En efecto, este es el ámbito privilegiado en el que Dios nos habla en nuestra vida, habla hoy a su pueblo, que escucha y responde. Todo acto litúrgico está por su naturaleza empapado de la Sagrada Escritura. Como afirma la Constitución SC «la importancia de la Sagrada Escritura en la liturgia es máxima. **En efecto, de ella se toman las lecturas que se explican en la homilía, y los salmos que se cantan; las preces, oraciones y cantos litúrgicos están impregnados de su aliento y su inspiración; de ella reciben su significado las acciones y los signos**». Más aún, hay que decir que Cristo mismo «está presente en su palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura». Por tanto, «la celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de esta Palabra de Dios.». En efecto, la Iglesia siempre ha sido consciente de que, en el acto litúrgico, la Palabra de Dios va acompañada por la íntima acción del Espíritu Santo, que la hace operante en el corazón de los fieles. En realidad, gracias precisamente al Paráclito, «la Palabra de Dios se convierte en fundamento de la acción litúrgica, norma y ayuda de toda la vida.” VD 52. No más payasadas, ni mera mimesis, ni signos inconexos con el gran cauce de la tradición redentora, ni cantos y gestos que celebren solo al hombre y se olviden de Dios. Todo en la liturgia respire la serenidad, la caridad pastoral, la sana alegría, la piedad y la fe del evangelio.

- Homilias como acto de culto:

preparadas responsablemente, que tengan la Palabra y la vida del mundo como espacios de orientación, que estén a cargo de los pastores que conocen profundamente los éxitos, las alegrías y las heridas de las comunidades. ¿Cómo le entregamos ese espacio tan sagrado a los títeres, al seminarista de paso, al drama que sólo busca enseñar y divertir? ¿Cómo es todavía un sermón pesado y largo que no conecta con la vida o es regaño o lamentela? Según el Papa Francisco una buena homilía contiene “*una idea, un sentimiento, una imagen*” (EG 39ss).

- Un **buen equipo de sonido**: nada se logra si el mensaje no se escucha o llega terriblemente distorsionado.

- Una pastoral con la Escritura **como eje transversal**. ¿Todavía haciendo reuniones de grupos con una oración hecha a la carrera y sólo para listas, fiestas, información, estudio? Que la vida pastoral sea el ámbito exquisito de la evangelización. Volvamos a la Lectio divina, al acontecer grupal desde el regalo de la Palabra.

- **¡Nunca sacramentos sin celebración de la Palabra!** La vida del discípulo cristiano, que tiene su cumbre en la expresión sacramental, reciba en estos espacios nucleares a la Palabra como norma, como inmenso don, como brújula, como espacio de vida.

La liturgia es la Casa y la celebración de la Palabra que se hace mensaje, misterio, sacramento, espacio dialogal de respuesta y escucha, de Nueva Alianza. Resplandezca por ser ella misma anuncio privilegiado a todos, en especial a los más pobres, del evangelio del Señor. Sirvamos con santidad y responsabilidad el banquete que Dios mismo nos confió.



*Dr. Juan David Muriel
Mejía Pbro.*

Arquidiócesis de Medellín

Autor invitado

Revista Oremos No. 12

Escanea el código para
acceder a la revista

